

Mujeres piadosas ofrece mucho aliento, sabiduría y esperanza para cualquier mamá que anhela que sus hijos e hijas amen, sigan y sirvan a Cristo.

Nancy DeMoss Wolgemuth, escritora, maestra y conductora del programa *Revive Our Hearts* [Avívanos el corazón]

Mujeres piadosas me desafió, me inspiró y me animó. Fue fascinante ver cómo Dios utilizó a once madres, cada una con su personalidad, sus habilidades, fortalezas y debilidades, para producir grandes hombres. Ninguna de ellas vivió en situaciones ideales, y aunque sus dones y talentos eran muy variados, el común denominador en todas era su consagración a Cristo. *Mujeres piadosas* brindará aliento a mamás (y papás) en la trinchera de la labor cotidiana, y también derramará gracia y esperanza sobre padres y madres de hijos descarriados. Fue una delicia leer este libro y lo recomiendo ampliamente.

Kimberly Wagner, autora de *Fierce Women* [Mujeres fuertes]

Soy madre de un muchacho, y uno de mis ruegos es que el Señor me permita ser una gran mamá, pero no según los criterios del mundo. Tim ha juntado para nosotras las historias de mujeres cuya grandeza estaba muy escondida. La vida piadosa de mujeres como Elizabeth Newton, Amelia Taylor, Mary Machen, y otras, será fuente de inspiración y aliento para ti. Estas historias y ejemplos, que tan fácilmente pasamos por alto, ahora se nos presentan de forma accesible y útil en este libro.

Trillia Newbell, autora de *God's Very Good Idea* [La buena idea de Dios], *Enjoy* [Disfruta], y *Fear and Faith* [Temor y fe]

Cuando vemos a nuestras heroínas de la fe, pensamos: “¿Y cómo lo hizo?”. Las mamás piadosas quieren que sus esfuerzos produzcan un impacto en la eternidad, pero a veces se nos hace imposible siquiera perseverar hasta el fin de un día de veinticuatro horas. Challies, con detalles muy precisos, describe la influencia poderosa que tiene una madre piadosa por medio de

historias de mujeres de carne y hueso que vivieron antes que nosotras. Estas mujeres creyeron en el mismo evangelio y se aferraron al mismo Cristo; por eso mi oración es que este libro pueda animar a muchas mamás a seguir su ejemplo.

Gloria Furman, autora de *Missional Motherhood* [Maternidad misional] y *Treasuring Christ When Your Hands Are Full* [Valorar a Cristo cuando tus manos están llenas]

MUJERES PIADOSAS

Grandes hombres y sus madres



Tim Challies

EDITORIAL MUNDO HISPANO

Contenido

	<i>Introducción</i>	9
Uno	<i>La fuerza oculta de una madre débil</i>	13
	John Newton	
Dos	<i>La oración de una madre piadosa</i>	23
	Hudson Taylor	
Tres	<i>El vínculo indestructible de instrucción y ternura</i>	33
	J. Gresham Machen	
Cuatro	<i>La perseverancia de una madre piadosa</i>	45
	Christopher Yuan	
Cinco	<i>El poder de la entrega de una madre piadosa</i>	57
	William Borden	
Seis	<i>La influencia duradera de la devoción de una madre</i>	69
	Charles Hodge	
Siete	<i>La gracia apacible de lo sencillo</i>	79
	John Piper	
Ocho	<i>La virtud de una madre que ora</i>	91
	Charles Spurgeon	
Nueve	<i>La paciencia de una madre piadosa</i>	101
	Agustín de Hipona	
Diez	<i>El impacto de una madre trabajadora</i>	109
	D. L. Moody	
Once	<i>El reconocimiento más grande</i>	121
	Timoteo	

Introducción

Los niños varones prosperan cuando cuentan con el amor y la guía de un padre dedicado. Los muchachos necesitan que su papá sea un modelo de piedad y masculinidad, que sea un ejemplo de amor y respeto en el matrimonio, y que les enseñe las habilidades necesarias para llegar a la madurez como hombres. Ya se han escrito muchos libros para animar a los papás a que asuman esas responsabilidades y que sean el ejemplo que sus hijos necesitan.

Todo eso está muy bien. Pero con toda la atención que se le ha dado a la relación de un padre con su hijo, me temo que hemos prestado muy poca a la de una madre y su hijo. Esta relación también es importante y de un valor singular. Tristemente, casi siempre la abordamos con sospecha, como si la cercanía entre un muchacho y su madre fuera indicadora de feminidad o tal vez incluso de una homosexualidad latente. Aplicamos etiquetas y mote a los niños que son muy cercanos a su mamá: son los nenes de mamá. Son mariquitas o afeminados, o algo peor. Se piensa que si un muchacho está apegado a su madre será débil y no fuerte.

Sin embargo, nos sorprenderá ver cuántos de nuestros héroes cristianos fueron formados por la dedicación y la piedad de su

madre. Aunque hayan tenido un padre presente, dedicado y fiel, ellos insisten en que su principal influencia espiritual fue su madre. Uno de los predicadores más grandes de la historia decía con afecto: “Estoy seguro de que en mi infancia, ninguna enseñanza causó tanta impresión en mi mente como la instrucción de mi madre”. Y uno de los evangelizadores con mayor compromiso dijo: “En cuanto al cristianismo, aprendí más de mi madre que de todos los teólogos de Inglaterra”. Un teólogo muy eminente declaró: “Ante Dios, mi hermano y yo le debemos absolutamente todo a nuestra madre”. Un gran defensor de la fe escribió sobre un momento abrumador en que fue acosado por la duda, y luego relata cómo encontró la salida: “Mi madre [me habló] en esas horas oscuras cuando la lámpara se apagaba, cuando pensé que la fe se había extinguido y que mi alma había naufragado. Me decía: ‘Cristo nos sujeta más fuerte a nosotros de lo que nosotros nos sujetamos a él’”.

La historia nos habla de mujeres cuyo amor por la Biblia formó a sus expositores más prominentes desde la antigüedad, y mujeres cuya oración incesante condujo hacia la tan esperada salvación de sus hijos descarriados. Nos habla de mujeres que fueron grandes teólogas por derecho propio, aunque sus únicos alumnos hayan sido sus propios hijos. Nos habla de mujeres que sentaron bases y fundamentos en la vida de sus hijos que, a pesar de todos los intentos de estos, nunca lograron deshacerlos. Una y otra vez nos habla de cristianos excepcionales que le deben tanto a su madre piadosa y fiel.

Vamos a echar un vistazo a algunos de estos casos. Iremos a los primeros días de la iglesia para encontrar a un hombre que debió su salvación a la cuidadosa instrucción bíblica que recibió en el regazo de su madre. Adelantaremos varios siglos hasta una mujer cuya oración constante fue recompensada finalmente cuando su hijo llegó a la fe y se convirtió en uno de los teólogos más importantes de la historia. Avanzaremos hasta los siglos más recientes para ver cómo las oraciones, la enseñanza y el ejemplo de madres piadosas formaron evangelistas, predicadores y firmes defensores de la fe. Vamos a aprender juntos del ejemplo de grandes cristianos y de sus madres piadosas. Vamos a celebrar la vida de madres que fueron usadas por Dios para formar a los hombres que cambiaron al mundo.

En cuanto al formato

Este libro comenzó como una serie de artículos que publiqué en mi blog: Challies.com. Muchos lectores de la serie preguntaban si la publicaría. Pero antes de hacerlo, le pedí a un par de amigas que la leyeran. Vaya mi gratitud a Rebecca Stark y Melissa Edgington por sus sugerencias que indudablemente mejoraron la calidad del material y lo hicieron más útil. Ellas también prepararon las “preguntas para reflexionar” después de cada capítulo. Además, Melissa preparó una respuesta a cada una de las biografías. Se titulan “Reflexión de una madre”.

UNO

La fuerza oculta de una madre débil

John Newton

Seguramente habrás oído el dicho: “Detrás de todo gran hombre hay una gran mujer”. Como la mayoría de las declaraciones de este tipo, esto es generalmente cierto, aunque no sea universalmente cierto. Pero lo sorprendente es que muchas veces la gran mujer no está *detrás* del hombre, sino *delante* de él. A veces esa gran mujer no es su esposa sino su madre. En este libro queremos acercarnos a la vida de líderes cristianos notables cuya mayor influencia en su formación espiritual fue una madre piadosa.

Comenzamos con un hombre cuya madre es la prueba de que puede haber fortaleza espiritual incluso cuando hay fragilidad física. Ella fue su primera maestra y la más querida, la primera en enseñarle la verdad y la primera que modeló esa verdad en su

vida. Aunque al principio la vida de John estuvo llena de bondad, luego tomó un camino de profunda depravación. Y en el momento más oscuro, fue rescatado por la sublime gracia de Dios. Más tarde llegaría a decir: “Mi querida madre, además de los dolores que sufrió por causa mía, frecuentemente me encomendaba a Dios con muchas oraciones y lágrimas; sin duda hasta el día de hoy sigo cosechando el fruto de esas oraciones”. John Newton se perdió, se alejó, procuró cometer toda clase de pecados, pero nunca pudo escaparse de la gran fortaleza de aquella madre débil.

Una mujer piadosa

John Newton nació el 4 de agosto de 1725 en Londres; hijo único de Elizabeth y John. No hay registro histórico sobre cómo se conocieron y se casaron sus padres, pero sí lo hay sobre el impacto que tuvieron en la vida de su hijo: El padre como muy severo y casi siempre ausente, y Elizabeth como una madre amorosa y gentil cuya vida terminó demasiado pronto, cortada por la tragedia.

Elizabeth Scatliff nació aproximadamente en 1705 en Middlesex, Inglaterra. Fue la única hija de Simon Scatliff, quien vivió y trabajó en la parte oriental de Londres haciendo instrumentos matemáticos. Se sabe poco de sus primeros años, solo que recibió una buena educación y fue formada como no conformista, un movimiento protestante que escogió no asociarse con la iglesia anglicana oficial. John, el padre, era un capitán de barco que navegaba regularmente en el mar Mediterráneo por lo cual llega-

ba a pasar meses lejos de casa. También era muy estricto en su disciplina; insistía en llevar el orden de su casa al mismo estilo en que capitaneaba su barco.

Para cuando nació John, Elizabeth y su esposo eran miembros de la Reunión Independiente de Old Gravel Lane, una congregación separatista pastoreada por doctor David Jennings. La fe de Elizabeth era genuina, pero aparentemente la de su esposo era meramente formal. En su edad adulta, John decía que aunque su padre era un hombre de buenas costumbres, nunca había estado bajo las auténticas “impresiones de la religión”.

Debido a la fe cálida de su madre y a las ausencias prolongadas de su padre, John creció como un hijo muy cercano a Elizabeth, a quien posteriormente describiría como “una disidente, una mujer piadosa” de “constitución débil, tísica, y que prefería la soledad”. Como muchos otros en aquella época, Elizabeth tenía tuberculosis, la enfermedad que finalmente acabó con su vida. Entre los síntomas de la tuberculosis ella tenía fatiga crónica, y por eso casi siempre estaba en cama.

Aunque Elizabeth no podía funcionar como lo hubiera querido, no desperdiciaba su tiempo. Sabiendo que tendría poco tiempo con su hijo decidió aprovechar al máximo lo que le quedaba. Asumió la tarea de ser su maestra y cada día pasaba horas con John. Ella era una buena instructora, y él era un buen estudiante, muy dispuesto y con buena disciplina de lectura, de modo que avanzó muy rápido. “A los cuatro años de edad, yo podía leer como ahora (a excepción de nombres difíciles); y

asimismo podía repetir las respuestas del catecismo menor de la congregación, con sus textos bíblicos; y todos los catecismos menores del doctor Watt y sus himnos infantiles”. En esta lista de materiales nos damos cuenta de que Elizabeth siempre instruyó a su hijo en la teología reformada. Más tarde, John escribió: “Como yo era hijo único, ella decidió que el principal asunto y deleite de su vida sería instruirme y formarme en la disciplina y amonestación del Señor”.

Debido a la inteligencia de su hijo y a la facilidad con que entendía la teología, Elizabeth oraba y anhelaba que Dios lo llamara al ministerio. “Mi madre observaba mis primeros avances con mucho placer, y desde el principio intentó conducirme hacia el ministerio, si el Señor ponía eso en mi corazón”. Hasta pudo haber llegado a dedicar a su hijo al ministerio y a hacer planes para inscribirlo en la escuela calvinista de divinidades en St. Andrew, Escocia.

Tristemente, Elizabeth no llegaría a ver ese día. A comienzos de 1732 su enfermedad había avanzado y sus síntomas se agravaron. Viajó a la costa, esperando que la brisa marina la curara o le diera un alivio. Pero no sirvió de nada, y sucumbió a la tuberculosis el 11 de julio, a la edad de 27 años. Se consideró que John era demasiado pequeño para presenciar los últimos días de vida de su madre, así que se quedó con amigos de la familia quienes le notificaron la terrible noticia dos semanas antes de cumplir sus siete años de edad.

John, el padre, regresó de su viaje en 1733 y, al enterarse de la

muerte de su esposa, no perdió tiempo y se volvió a casar. La madrastra de John al principio se mostró atenta hacia él, pero cuando tuvo sus propios hijos descuidó a John y lo excluyó de la vida familiar. Él se aisló y se hizo rebelde. Cuando apenas tenía once años, después haber pasado internado uno o dos años en una escuela, su padre decidió que era tiempo para que el muchacho se hiciera a la mar.

Y, como se dice comúnmente, lo demás es historia. Se rebeló contra Dios y cometió atrocidades horribles. Pero después experimentó la sublime gracia de Dios y se hizo predicador, autor de himnos y luchador por la abolición de la esclavitud. Su propia historia y la de todo cristiano quedó plasmada en su himno más famoso: “Oh gracia admirable, ¡dulce es! ¡Que a mí, pecador, salvó! Perdido estaba yo, mas vine a sus pies; Fui ciego, visión me dio”.

Un cuerpo débil, una fe fuerte

Al hacer el recuento de su vida, John Newton inmediatamente le otorgó el crédito a su madre. Él sabía que su salvación estaba estrechamente ligada a la instrucción temprana que había recibido sentado en su regazo y a lo mucho que ella había orado por él. Así lo expresó:

Aunque con el paso del tiempo pequé y me alejé de las ventajas de esas impresiones infantiles, sin embargo permanecían como una especie de freno en mí; volvían a mi mente una y otra vez; fue difícil deshacerme de ellas por completo.

Y cuando el Señor me abrió los ojos, hallé en su recuerdo un gran beneficio.

Él afirmó que Elizabeth “había guardado en mi memoria —que en ese tiempo podía retener mucho— muchas piezas de valor, capítulos y porciones de las Escrituras, catecismos, himnos y poemas”.

Aunque había estado muy enferma durante toda la infancia de su hijo, ella no permitió que su condición le impidiera cumplir la tarea que Dios le había encomendado. Al contrario: su enfermedad hizo que para ella fuera urgente poner los cimientos de doctrina y práctica cristianas desde temprano en la vida de su hijo.

Ella utilizó toda la fuerza que le quedaba para expresar la más profunda clase de amor por su hijo. Le enseñó a conocer la existencia de Dios, la santidad de Dios y las demandas de Dios para su vida. Le enseñó cantos que quedarían grabados en su memoria y corazón hasta el día de su muerte. Le enseñó a honrar la Biblia y a acudir a ella para obtener sabiduría y fortaleza espiritual. Le enseñó las buenas nuevas del evangelio: que la salvación es por gracia por medio de la fe en Cristo Jesús. Demostró en su vida tener una dulce sumisión a la voluntad de Dios y una piedad profunda, atesorando y obedeciendo cada palabra de Dios.

Como dice el biógrafo Jonathan Aitken: “Las lecciones espirituales que el muchacho había aprendido en las rodillas de su madre nunca se olvidaron. Se convirtieron en el fundamento de la conversión de Newton y de su compromiso cristiano”. No

podemos entender a este gran hombre sin hablar de su piadosa madre.

Tal vez también tú eres débil. Tal vez también luchas contra la enfermedad y la fragilidad. O tal vez tengas otro tipo de debilidad que se impone sobre ti. Aprende de Elizabeth que una madre de físico débil igual puede tener una fe formidable. Contempla cómo Dios se deleita en usar incluso hasta lo más débil para predicar las noticias más grandes. Como Elizabeth, aprovecha al máximo cada día y cada oportunidad porque no sabes cuántos años más tendrás para amar, enseñar e instruir a tu hijo. Comprende que esas primeras lecciones no se olvidan fácilmente, que ese fundamento temprano no se destruye pronto, que tu trabajo como madre no es en vano.

* * *

Reflexión de una madre

Para quienes no tenemos que luchar con ese tipo de retos de salud en la vida, esta es la lección que me alienta y desafía en relación con la historia de Newton: Toda la instrucción que recibió de su madre ocurrió antes de cumplir sus siete años de edad. Esto significa que su madre le dio los fundamentos cristianos cuando él era preescolar.

Es alentador, porque cuando estamos en las angustias de la crianza de hijos pequeños, a veces pensamos que las cosas que hacemos no tienen gran importancia. Tratamos de enseñarles,

pero dudamos si realmente estamos marcando alguna diferencia, en medio de la tarea interminable de lavandería y de la evidencia de que (¡oh sí!) estos chicos realmente son pecadores.

Pero esta historia nos muestra que aun las cosas pequeñas que hacemos para conducirlos hacia Cristo sí importan; que están absorbiendo mucho más de lo que nos damos cuenta, que no tenemos manera de saber cómo el Espíritu Santo está trabajando por medio de las palabras de la Biblia que les decimos a nuestros chicos.

Esta historia también nos da aliento si tenemos un hijo que está descarriado o alejado. Aunque no se nos promete que un hijo va a regresar a ser “como debiera ser”, esta historia definitivamente es un gran ejemplo de que esa verdad general sí se vuelve realidad. Tal vez las oraciones de su madre fueron respondidas mucho tiempo después, cuando ella ya no podía orar más por él.

Pero también es una historia desafiante porque la madre de Newton creyó en su hijo mucho más de lo que muchas de nosotras creemos en los nuestros. Le enseñó cosas que probablemente él no hubiera sido capaz de aprender, pero ella se tomó el tiempo para hacerlo, y él las aprendió. Y esas cosas volvieron a su memoria años después en un momento crucial. Esto nos dice que hay que tener cuidado de no menospreciar a nuestros hijos, espiritualmente hablando, y no asumir que son demasiado pequeños para entender. También es una gran llamada de atención para aquellas mamás que creen que no importa mucho si los chicos están o no en la iglesia cuando son pequeños, como si

tuvieran tiempo de sobra para darles esos fundamentos bíblicos.

Leí que los fundamentos espirituales se forman antes de llegar a los nueve años de edad. Si eso es verdad, muchas de nosotras estamos haciendo demasiado poco, y demasiado tarde con nuestros hijos, y John Newton y su madre son un buen recordatorio de que el momento para comenzar es ahora mismo. El Señor Jesús también trabaja en la vida de los más pequeños, incluso cuando no lo esperamos.

Preguntas de reflexión

- *¿Recuerdas alguna vez que tu hijo o hija te sorprendió con una idea espiritual que no pensaste que él o ella pudiera tener?*
- *¿Alguna vez te has preguntado si lo que les enseñas a tus hijos realmente importa, especialmente en los primeros años de vida? ¿De qué manera cambia tu perspectiva con la historia de John Newton?*
- *¿De qué formas puedes comenzar desde hoy a enseñar a tus hijos a seguir a Cristo, independientemente de su estado espiritual?*
- *¿Le pides regularmente a Dios que te otorgue la capacidad de enseñar su verdad a tus hijos? ¿Le pides que guarde estas cosas en su memoria y las use como fundamento de su compromiso con Cristo?*

- *Si eres nueva como mamá o nunca te has tomado el tiempo para enseñar verdades bíblicas a tus hijos, tal vez te sientas abrumada al inicio de este proceso. ¿Sabes dónde comenzar?*

Hay muchos recursos bíblicos sólidos que puedes usar. Estas son algunas sugerencias para que uses: Training Hearts, Teaching Minds [Entrenar al corazón, enseñar a la mente] y Comforting Hearts, Teaching Minds [Consolar al corazón, enseñar a la mente] de Starr Meade; Big Beliefs! [¡Grandes creencias!] de David Helm; Long Story Short, Old Story New [Larga historia en pocas palabras, vieja historia como nueva], y The Ology de Marty Machowski.

Fuentes:

John Newton, *The Works of John Newton* [Obras de John Newton] (Banner of Truth Trust, 1820).

Jonathan Aitken, *John Newton: From Disgrace to Amazing Grace* [John Newton: de la desgracia a la gracia admirable] (Crossway, 2007).

